

WARHAMMER
40.000



BELISARIUS CAWL
LA GRAN OBRA

GUY HALEY

minotauro



BELISARIUS CAWL
LA GRAN OBRA
GUY HALEY

minotauro

Título: *Belisarius Cawl: La gran obra*
Versión original inglesa publicada por Black Library.
Belisarius Cawl: The Great Work © Copyright Games Workshop Limited 2019.

Belisarius Cawl: The Great Work, Belisarius Cawl: La gran obra, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Título original: *Belisarius Cawl: The Great Work*
Ilustración de la cubierta: Akim Kaliberda

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Mora
Edición corregida por Juan Pascual Martínez

ISBN: 978-84-450-1519-3
Depósito legal: B. 2440-2023
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO UNO

TIEMPO PRESTADO

Hace unos diez mil años

Ezekiel Sedayne se estaba muriendo.

Hubo una época en la que destacaba entre los hombres un gigante, tanto física como intelectualmente, pero esos días habían quedado atrás. Estaba viejo, a punto de morir. La edad había encogido sus más de dos metros de altura. Tenía la columna vertebral enroscada por la pérdida de calcio. Las manos llenas de nudos por la artritis. La piel caída ondeaba sobre huesos frágiles como una sábana lacia. Su cabello negro y lustroso se había convertido en una telaraña de seda fina y blanca que se extendía alrededor de su cabeza sobre la almohada como si, al igual que su piel, lo hubieran dispuesto ahí. Si hubiese sido capaz de ponerse en pie, se habría quedado en la cama como una nube de pelusas.

La vida de Sedayne había durado más de lo que cualquier hijo de Terra tenía derecho a desear, pero todo era finito, y su existencia estaba a punto de agotarse.

Los humanos son conscientes de su propia mortalidad; sin embargo, reniegan de ella hasta el último momento. Sedayne consideraba que su inteligencia era superior a la de los demás. Creía que estaba exento de los delirios que gobernaban la mente en contra de la razón, pero ahora había sucumbido. Apenas lograba entender que la muerte estuviera llamando a su puerta.

«No puede estar pasándome a mí», pensaba. Pero así era.

Sedayne había surgido de la nada y se había convertido en uno de los grandes científicos de su época. A pesar de su cuerpo deteriorado,

contaba con una mente sagaz y unos pensamientos nítidos. Asombrado a la par que aturdido, insistía en que su alma seguía siendo joven. Los estragos del tiempo en su cuerpo evidenciaban la mentira.

En muchos aspectos parecía un cadáver. Los labios caídos dejaban ver unos dientes amarillos que se habían ido alargando conforme avanzaba la recesión de unas encías negras. No importaba lo ágil que fuese su mente, su cuerpo apenas se movía. Su pecho se estremecía con cada aleteo de su corazón. Al respirar, resollaba con fiereza.

Pero aún no estaba muerto. Seguía respirando, así que, cuando se entornó la puerta de su habitación, sus párpados temblaron hasta abrirse y sus ojos, que estaban sorprendentemente húmedos en aquel valle seco en que se había convertido su piel arrugada, se movieron en busca de su visita.

—Altrix Herminia —resolló.

Hizo un amago de sonrisa, pero el labio superior se le quedó pegado a los dientes por falta de saliva. Se estaba secando de dentro afuera, como una semilla que se deja desecar al sol. Dentro de poco, se le escurrirían las últimas gotas de vida y no quedaría más que una cáscara yerma. Después, no quedaría ni eso.

Altrix se acercó con el susurro de varias capas de ropajes suaves de plasteck. En el bolsillo del pecho, llevaba un caduceo rojo y blanco que resaltaba contra el verde pálido de su vestido. El uniforme era elegante y estaba bien anudado, un símbolo que la ataba a su deber. A pesar de que los ropajes eran restrictivos, se movía con una gracilidad que denotaba un poder atlético a la par que peligroso.

—Mi señor director —dijo, inclinando la cabeza de forma respetuosa. El corte recto de su flequillo se balanceó sobre sus ojos.

—Tu llegada me agrada. —Sedayne giró débilmente la cabeza para observar cómo se acercaba. Le atormentaron los apetitos propios de un hombre más joven—. La edad no me sienta bien.

Se estaba cansando, y cada segundo le resultaba más difícil respirar. Era una máquina a punto de apagarse. Miró a Altrix a la cara y luego pasó la mirada a la enorme jeringuilla que llevaba en una mano.

—La hora... está cerca... —Cada palabra era un esfuerzo. Cada sílaba le exigía inhalar una dolorosa bocanada de aire. Qué cautela y atención recibían ahora sus palabras, cuando en el pasado las había usado sin miramientos.

—Así es, mi señor —confirmó Altrix—. Se está muriendo.

Sedayne le dedicó una sonrisa cadavérica.

—Tú siempre endulzándome las cosas —dijo—. ¿Cómo va la búsqueda?

—He identificado siete posibles candidatos, todos acólitos de Diacomes. Las naves ya han salido en su busca.

—Entonces dame lo que queda de elixir. Quiero caminar y volver a moverme. Llevo demasiado tiempo confinado.

—¿Está seguro?

Asintió dolorosamente.

—Lo has traído. Sabías que te lo pediría.

—Es la última inyección que tenemos —le informó. El líquido jaspeado, opaco y plateado fluía en una corriente propia que llenaba el cilindro de vidrio—. Los adarnianos han desaparecido. Se ha aniquilado a los que quedaban. Su mundo está desierto. Cuando le inyecte esta dosis, no habrá más. Lo siento.

Durante la Gran Cruzada, se decretó que la raza adarniana era inofensiva y, por tanto, se les permitió vivir bajo el protectorado del Imperio. Pero ni eso les había evitado la extinción tras años de darles caza. Por desgracia para ellos, la química de sus cuerpos otorgaba unos efectos milagrosos en el organismo humano.

—Una pena... yo... nunca... —Tragó saliva dos veces en un intento de generar la suficiente saliva para lubricar su laringe deteriorada—. Nunca aprendí a sintetizarlo —finalizó sin respiración.

—¿Está seguro de que es el momento, señor? Podríamos retrasarlo unos días. Tenemos bastante para devolverle la salud durante unos meses, pero nada más. Sería mejor esperar a que uno de los candidatos seleccionados vuelva a Terra.

Sedayne cerró los ojos.

—No. Hazlo ya.

Estaba demasiado débil para extender el brazo, así que fue Herminia la que se encargó de sacarlo con suavidad de entre las mantas, coger el estribo y atar la extremidad. A causa de las repetidas inyecciones, tenía lastimadas las venas de la sangradura del codo, y Herminia tardó un buen rato en encontrar el sitio adecuado en el que pinchar. La droga debía suministrarse en grandes cantidades directamente en el torrente sanguíneo; no servían la inyección neumática ni la absorción por la piel.

El elixir adarniano era el último recurso de los moribundos cuando los demás rejuvenecedores fallaban. Se vendía a un costo elevadísimo, aunque no el suficiente teniendo en cuenta la atrocidad necesaria para crearlo. El elixir era ilegal y su uso era castigado con la muerte. A Sedayne no le importaban los xenos ni la ley, pero sí que sufría otros costes más inmediatos. En primer lugar, cuando los efectos positivos del elixir se agotaban, el paciente regresaba a un estado peor que antes. Cada dosis generaba la certeza de una deterioración acelerada. Esta última dosis lo mataría.

En segundo lugar, era doloroso.

—¿Está preparado? —le preguntó Herminia.

Parpadeó para dar su consentimiento. La mujer colocó la aguja en el brazo. No tuvo que decirle que iba a doler.

El pinchazo hizo que boqueara en busca de aire, aunque el verdadero dolor llegó al descender el émbolo. El veneno sanador exprimido de los órganos de seres sintientes inundó su sistema y vino acompañado de un ardor que, a base de fuego, le devolvió años, reforzó los genes raídos y volvió a poner en marcha la maquinaria de la vida.

La juventud robada corrió desbocada por todo su cuerpo.

—Ezekiel Sedayne —gritó.

CAPÍTULO DOS

LA ORBITAL DE REGIDA

Actualmente

El cadáver del planeta estaba rodeado de escombros relucientes. De color gris, como un hueso viejo, más seca que el polvo, la mortaja de partículas brillantes se reunía solemnemente alrededor del cadáver conforme este giraba en torno al sol. La ruta que seguía este planeta era la más indicada para la vida y, sin embargo, no quedaba ni rastro de ella.

Los restos quebrados de una estación espacial navegaban en la zona ecuatorial del planeta, siguiendo una nueva órbita que mantenía un rumbo en declive. La luz del sol apenas dejaba entrever el leve centelleo de los escudos atmosféricos que cubrían las fisuras abiertas en una de las secciones. Tres naves ocupaban el espacio orbital más cercano. Entre la estación y el planeta había un crucero ligero con un suntuoso blasón amarillo y negro; eran unas guadañas doradas entrecruzadas sobre un fondo negro azabache que adornaban la rígida cubierta blindada. Bajo el resplandor del sol, eran visibles las cicatrices que recorrían todo el casco. Las molduras de la proa achatada dibujaban el nombre de *Asterope*, una de las legendarias naves insignia de Sotha.

Aún más cerca de la órbita se encontraba una nave pequeña que pertenecía a los tecnosacerdotes del Mechanicus. Estaba hecha en su mayor parte de metal liso, con algunas trazas pintadas del intenso color rojo de Marte. No mostraba ningún nombre, pero varias chapas identificativas rezaban el mismo número: 0-101-0. A pesar de su reducido tamaño, estaba cargada de instalaciones industriales y dárseas, por lo que no cesaba el transporte de drones entre la nave y la estación.

La nave que se encontraba más alejada era un crucero de asalto de los Space Marines, de nuevo diseño, que acababa de salir del astillero y flotaba sin daños ni cambios que lo desviaran de su concepción inicial. Su librea, de color azul oscuro, estaba intacta y los cuernos retorcidos, que se habían pintado en varios sitios del casco, conservaban un blanco reluciente. Era una embarcación joven, pero feroz, recibía el nombre de *Señor de Vespator*, ya que el gobernante de dicho planeta la usaba para viajar por su propio reino.

En el lateral del *Señor de Vespator* se abrieron unas compuertas. De ella salió una única aeronave cañonera. El tubo de escape que acuchillaba los motores soltó una explosión de plasma azul, y el casco de la nave centelleó como una empuñadura enjoyada, tanto que parecía una espada que se lanzaba con el mango por delante a un guerrero asediado para que se enfrentara a un monstruo. Pero el arma llegaba demasiado tarde. El monstruo había vencido. El planeta estaba muerto. Tal como comprobó Decimus Felix, Tetrarca de Ultramar, cuando revisó las ruinas de sus dominios.

—Entramos justitos —dijo Daelus.

El tecnomarine movió minuciosamente la palanca de mano para alterar la ruta de la nave. Felix se asomó por la escotilla de vidrioarmadura. La cabina se encontraba a gran altura sobre las bodegas de transporte y el techo quedaba a pocos centímetros de su rostro, lo suficientemente cerca como para examinar la corrosión del metal y determinar la bioarma responsable del daño.

Solo las habilidades de Daelus eran capaces de colar la *Overlord* en el hangar. Movié la mano izquierda con presteza sobre los controles de la nave. Como respuesta, los propulsores enmarcaron el doble casco con estallidos de luz y vapor.

—Esto no es lo ideal —expresó Felix.

—He aterrizado en lugares más estrechos, mi señor —terció Daelus, en tensión por la concentración—. Aunque no en muchos, la verdad.

En el ardor de la forja, acompañaban a Daelus otro marine primaris y tres siervos capitulares, que estaban demasiado ocupados con el aterrizaje como para responder al tetrarca, pero que aun así echaban una ojeada nerviosa a su instrumental. Troncus, el copiloto tecnomarine, permanecía inmóvil. Lo único que delataba que había un ser vivo en el interior de su armadura eran los ligeros movimientos que hacían sus manos para corregir los pocos errores que cometía Daelus.

Se activaron las alarmas de proximidad en distintas zonas. Los faros de proa se iluminaron en un muro sólido.

—¡Por la voluntad del Emperador, cada vez es más estrecho! —exclamó Daelus.

El tren de aterrizaje había sufrido un daño catastrófico y, por si fuera poco, el intento de remendarlo había reducido su tamaño a la mitad. Para complicar aún más la tarea de Daelus, una plancha de plastiaceros, sujeta con espuma metálica, dividía la bodega en dos, y unas vigas de apoyo se inclinaban contra la pared para mantener en su sitio al hangar.

—Casi lo consigo —dijo el piloto, más para sí que para los demás.

Felix contempló cómo se alejaba el metal rasgado. Antes, la Aegida contaba con muchos muelles de aterrizaje, pero en cuanto la abordaron los monstruos de la flota enjambre Kraken destrozaron todos los que hallaron a su paso. El único muelle en funcionamiento que habían conseguido reparar era este.

El núcleo de la *Overlord* gimió lastimosamente cuando Troncus ajustó el flujo de energía a fin de prepararse para el aterrizaje. La nave viró. Troncus miró al piloto.

—No ha sido culpa mía —se excusó Daelus ante esa regañina no pronunciada—. Aquí no funciona la gravedad artificial —gruñó—. Aquí no funciona nada. Troncus, activa la secuencia de aterrizaje. Esta es la mejor posición que vamos a tener.

Los auriculares de Felix crujieron. Daelus había abierto un canal de comunicaciones encriptado.

—Sargento Cominus —informó Daelus—. Voy a aterrizar.

—*Preparados. Abrid las escotillas delanteras* —replicó Cominus por el comunicador.

—Despresurizando la bodega. No hay atmósfera, así que espero que todos tengáis puestos los cascos.

—*Que no tenga que recordarte que me molesta tu frivolidad, Daelus.*

—Qué rancio es —replicó Daelus, no sin antes asegurarse de que había apagado el canal.

—Trabaja bien —dijo Felix.

—Podría sonreír mientras lo hace —contestó Daelus—. La vida no tiene por qué centrarse solo en rutinas y misiones, ni siquiera en nuestro caso.

El campo de retención atmosférica se levantó, dejando el hangar abierto al espacio. Daelus manejó las palancas de control contra las ráfagas de aire que salían de los compartimentos de pasajeros. En cuanto los motores de la nave exhalaban su último aliento, se desplegaron las rampas. El ala de estribor chirrió sonoramente al chocarse con la pared divisoria. Felix apretó los dientes.

—Ya avisé de que íbamos justos —masculló Daelus.

Antes de que la *Overlord* posara en el suelo su tren de aterrizaje con forma de garra, ocho Space Marines salieron al trote con los rifles bólder en ristre para apostarse en distintos puntos del hangar. Todos llevaban la armadura Mark X de los Intercosores adornada con diversos blasones, aunque todos portaban el mismo emblema en la hombrera izquierda: el sigilo del Tétrarca de Vespator sobre enchapado dorado. Cominus destacaba más por su actitud que por la armadura roja intensa y blanca en la que lucía la insignia de sargento. Se quedó en la proa de la *Overlord*, desde donde dirigió a los guardias de Felix con una sucesión de ademanes de batalla y el rifle bólder en alto.

Los motores resollaron. La nave se hundió sobre los hidráulicos y dejó de moverse.

—Listo, ya estamos —anunció Daelus.

Troncus pulsó una docena de botones. Los siervos se mostraron visiblemente relajados y empezaron a hacer las comprobaciones de aterrizaje. Los generadores de energía se acallaron hasta emitir un mínimo zumbido. La armadura de Daelus suspiró en cuanto la desconectó del umbilical que la amarraba a la parte posterior del asiento. Sin electricidad, la armadura le resultaba pesada, pero se dio la vuelta con bastante naturalidad y ladeó el casco en dirección a Felix.

—Bienvenido a la orbital Aegida, mi señor. Bienvenido a Sotha.

Salieron del hangar con Cominus a la cabeza. El sargento insistió en llevar la delantera, como hacía siempre que el tétrarca se aventuraba a salir de Regia Tetrarchia en Vespator. Felix siguió a sus hombres; el azul de la armadura de los Ultramarines se le antojaba negro bajo la luz tenue de la estación.

A Felix no le entusiasmaba la pompa, pero aceptaba la guardia que se le había impuesto. Un guerrero de sus capacidades podría sentirse irritado por la vigilia constante y la implicación de que no podía cuidar de sí

mismo. Pero Felix era demasiado pragmático, y sabía que no conseguiría deshacerse de un sirviente por mucho que se ofuscara por su existencia, así que no se permitía sentir nada al respecto y les agradecía a menudo por sus servicios. De igual forma, la actitud brusca y oficiosa de Cominus nunca llegaba a irritarle. Felix hacía todo lo posible por seguir el ejemplo de Lord Guilliman en todas las situaciones y se centraba en el provecho que podía sacarle en vez de en cómo le hacía sentir.

Cuando ocasionalmente se detenía a revisar esos sentimientos, resentía el encorsetamiento constante que suponía su posición, pero esos momentos de debilidad solo daban alas a su determinación de comportarse como habría querido Lord Guilliman. Los guardias y los muchos sirvientes de Vespator tenían una función y, por lo tanto, debía permitir que la cumplieran en vez de obstaculizar o criticar su existencia. Tanto teórica como prácticamente, los Ultramarines le servían de forma intachable.

Pero las emociones son criaturas desobedientes y se descubrió a sí mismo contento de que solo le acompañara su escolta personal. Agradecía ese descanso del resto de sus sirvientes. Desde que Roboute Guilliman lo había nombrado tetrarca, uno de los cuatro señores de la Gran Ultramar, Felix había hecho todo lo posible por visitar todos los sectores. Este era su primer viaje a la antigua Liga Sotharana. El gobernante de Vespator había comentado en alguna ocasión que Felix hacía estos viajes para evitar la política. Tal vez tuviera algo de razón.

Felix centró su atención en el exterior, en las ruinas de la orbital. Conforme se iban acercando al puesto de mando, cada vez era más evidente que hacía poco había reconquistado el lugar. De nuevo, las emociones se abrieron paso en contra del entrenamiento que había recibido.

—Es extraño cómo me hace sentir —le dijo al hermano veterano Cadmus, que provenía del capítulo de los Scythes of the Emperor al que había pertenecido la estación—. Hay muy pocos vestigios de lo que ha sucedido aquí, pero lo que queda es tan evidente como el corte de una espada en hueso antiguo. Aunque insinúe que ha habido un ataque, las pruebas indican que hay una historia más perturbadora que un cadáver cubierto de sangre.

Camaronaron a través de un pasillo iluminado con lúmenes unidos por un cable suspendido. No había aire ni gravedad, por lo que los once hombres avanzaron con los andares estrambóticos y deliberados propios de los guerreros que usaban botas magnéticas.

—Veo signos de armas biológicas por todas partes. Agujeros en el metal, quemaduras de ácido, marcas de dientes y garras, pero ningún resto orgánico. Supongo que el Kraken lo reabsorbió todo.

—Así actúan los xenos, señor —confirmó Cadmus.

Cadmus había pertenecido a los Scythes, pero también era un marine primaris, y nunca había estado en Sotha. Hablaba en un tono controlado, quizá algo distante, lo que llevó a Felix a sospechar que también se debatía entre lo que sentía y lo que debería sentir.

—¿Has luchado contra los tiránidos? —preguntó Felix.

—Mi capítulo suele enfrentarse a ellos siempre que puede —contestó Cadmus—. Yo solo he peleado con algunos grupos aislados, los que habían quedado atrás y los perdidos. Nada comparado con la flota que devoró a Sotha, aunque intuyo que fueron igualmente letales.

Felix asintió. Los efectos de las armas tiránidas habían esculpido el metal. Más adelante, la luz del sol entraba por una enorme grieta en el casco. Consideró que era curioso que la cubierta siguiera nivelada; al ver la superficie de la cubierta sin distorsión, uno podría pensar que se habían usado armas más convencionales. Cuando llegaron al agujero, Felix se dio cuenta de que ningún arma había generado la grieta, sino que era una absorción parcial: el metal había sido devorado. Un siglo después, aún brillaban en los bordes las raspaduras de unos dientes diminutos.

—No solo consumen materia orgánica —comentó Cadmus siguiendo la mirada del tetrarca—. Los tiránidos se hacen con todo.

—¿Y por qué no lo hicieron? —preguntó Felix. Se detuvo en la grieta, su escolta frenó de forma instantánea y se desplegó por orden de marcha en una formación de protección perfecta.

—Pregúnteselo al archimagos cuando llegue —dijo Cadmus.

Felix asintió.

—Seguramente él sí que lo sepa. ¿Serviste a los Scythes of the Emperor mucho tiempo antes de unirse a los Elegidos de la Tetrarquía?

Cadmus contempló el vacío exterior. No importaba cuántas veces se viera; la negrura absoluta iluminada por una luz tan potente creaba un efecto extraño y aterciopelado que parecía irreal.

—Seis años según el sello cronológico de Sotha.

En realidad, Felix ya sabía la respuesta; había seleccionado personalmente a todos los hombres elegidos. Sin embargo, siempre que

podía, prefería oír la información de los labios del susodicho. Los datos no tenían alma. Un comandante aprendía mucho de sus guerreros escuchándolos, aunque solo dijeran cosas que podían leer en un informe. La forma de hablar, la manera de comportarse y cómo lidiaban con ciertos temas revelaban sus pensamientos más íntimos de un modo que escapaba a las palabras. El habla mostraba una humanidad que ni siquiera el condicionamiento de los Adeptus Astartes podía cercenar.

—Yo estuve en Hamagora. La mayor parte de mi experiencia se basa en luchar contra los traidores y sus demonios, mi señor. Pero los xenos son harina de otro costal. —Cadmus calló para reformular mejor sus palabras—. Es imposible sobrestimar el odio que mis hermanos capitulares sienten por los tiránidos. Los veteranos están obsesionados, pero también les pasa a los hermanos Primaris. Es un odio contagioso. Nos define a todos.

—Entonces debería hacerse uso de ello —dijo Felix.

—Estoy de acuerdo —coincidió Cadmus—. El odio es una hoja afilada, pero hay algo más que me preocupa en su comportamiento. Un distanciamiento con los últimos Scythes originales. —Cadmus miró a Felix—. Le pido disculpas, mi señor, por hablar sin ser preguntado. No me corresponde a mí criticar a un hombre tan noble como Thracian, el señor del capítulo.

—Habla cuanto quieras, Cadmus —terció Felix—. Entiendo tu reticencia, pero, en cuestiones de los Scythes of the Emperor, te pido que seas mi consejero, no solo mi escolta. Si tienes motivos que te hagan dudar o titubear, debes compartirlo. No todos los capítulos aceptan a sus hermanos Primaris así como así.

—No se trata de eso —explicó Cadmus—. Nos recibieron como salvadores, mi señor. Nos agasajaron y nos cubrieron con más honores de los que merecían nuestros logros.

La orbital giraba lentamente. El movimiento dejaba a la vista el planeta yermo y frío de Sotha. Despojada de vida, reflejaba una luz brillante, blanca como un cráneo pulido.

—¿Entonces te preocupa algo más grave?

Cadmus asintió.

—Quedan muy pocos, mi señor. Un puñado de ellos. Los Scythes que quedan se han vuelto reservados y sombríos.

—Han perdido mucho. He leído los pocos documentos que hay al respecto. Sinceramente, no cumplieron con destreza en batalla. Son responsables de su propia destrucción.

—Estoy de acuerdo, pero es algo más que vergüenza —siguió Cadmus. De nuevo, acalló, reticente a ponerle voz a sus pensamientos.

—¿Entonces a qué se debe? —insistió Felix.

—Creo que esconden algo, mi señor.

Les bañaron unos rayos de sol a toda velocidad. Conforme el movimiento de la estación alejaba la orbital Aegida del planeta, esta pasaba junto al sol y los devolvía de nuevo a la penumbra. Las lentes del casco rojo de Cadmus centellearon. En la oscuridad, Felix vio los ojos que se escondían tras ellas y el efecto plateado de unas retinas que brillaban bajo los datos de tinta láser. Al confesar sus miedos humanos, Cadmus pareció de todo menos humano.

Ese era el destino de los Adeptus Astartes. Seguir siendo un hombre, pero alejarse de la humanidad para enfrentarse a monstruos en la oscuridad.

—Lo tendré en cuenta —concluyó Felix—. Y gracias por tus consejos, Hermano Cadmus. Avanzad hasta el núcleo central —ordenó a los demás—. Conozcamos a esos héroes y juzguémoslos nosotros mismos.

Su guardia personal avanzó con las armas en ristre.

El camino al puente de mando estaba marcado con disparos de armas biológicas y lo que parecían impactos de bólter. Era evidente que la lucha había sido encarnizada. Conforme avanzaban, las cicatrices de ácido y garras desaparecían bajo un nuevo enchapado. Una nueva esclusa de aire separaba el pasillo que daba al puente de mando, donde se habían soldado nuevas paredes. Fuera, les esperaba, inactivo, un servidor en una unidad de rastreo. Un par de sendos rifles de plasma instalados sobre un trípode, pintados de color rojo Marte y marcados con el sello del fabricante, Belisarius Cawl, rastrearon a los Space Marines. Mientras los examinaba, iluminó sus cuerpos con una luz en espiral.

El pasillo era ancho y alto, lo bastante amplio para que cupieran los modelos Dreadnought más grandes, pero la esclusa de aire era pequeña, por lo que solo podían pasar de uno en uno. Una medida temporal.

Una calavera dispuesta en la cima del arco que había sobre la esclusa de aire cobró vida. Los sensores oculares que nacían en las cuencas de los ojos resplandecieron al despertarse de repente. La mandíbula sin piel que envolvía un vocoemisor latigueó con tanta fuerza que, de haber existido atmósfera en el pasillo, habría resonado como una percusión huesuda.

—Indique función y nombre.

La voz del dispositivo resonó en los cascos de los presentes. Cominus dio un paso al frente.

—Cominus, sargento veterano, trasferido del Capítulo de los Sons of Orar Adeptus Astartes, líder del grupo de los Elegidos de Vespator, unidad de seguridad asignada al tetrarca de dicho mundo, Decimus Felix.

—Se requiere el oficial pertinente. El tetrarca Felix deberá presentarse a continuación —emitió la calavera—. Hágase a un lado.

Cominus permaneció en su sitio hasta que Felix le ordenó apartarse.

—Soy el tetrarca Decimus Androdinus Felix de los Ultramarines, natural de Laphis, Señor de Vespator y de las Marchas del Este —relató sus credenciales y le mostró a la máquina el sello de su rango—. Permítenos la entrada.

—Un momento —replicó la máquina.

Las luces de las cuencas de la calavera se apagaron. La mandíbula le colgaba inerte.

—Qué simpática —dijo Daelus. Los servobrazos del tecnomarine siguieron los movimientos de sus manos humanas cuando gesticuló ante los rifles de plasma—. Aunque están bien hechos. —Se inclinó para que su pantalla facial estuviera a la misma altura que las armas y movió la cabeza de un lado a otro. Los rifles siguieron el movimiento—. Muy sensibles.

Los núcleos del reactor se enrollaron y se iluminaron en espiral con más intensidad.

—Te estás arriesgando demasiado —comentó Cominus.

Daelus se enderezó.

—Todo lo que hago lo sopeso en una balanza de probabilidades. Cada paso que doy lo estudio de forma teórica y práctica. El dialecto de los Ultramarines es una tradición de pensamiento que a tu capítulo no le vendría mal reinstaurar. No podrás contra mí si yo calculo mejor que tú los riesgos.

Cominus soltó un bufido despectivo.

Las cuencas de la calavera volvieron a encenderse, lo que causó una reacción inmediata por parte de los Elegidos. Los rifles bólters apuntaron con cautela a la puerta y a las armas montadas.

—Identidad confirmada —anunció la máquina—. Pase, tetrarca.

Las compuertas de la esclusa de aire se abrieron. Cominus hizo el intento de encabezar la marcha, pero Felix se adelantó y entró primero en la cámara de descompresión, que se había adaptado al pasillo y, por lo tanto, era lo suficientemente larga para que cupieran los once.

La entrada a la cámara de descompresión constaba de unas compuertas blindadas de diseño antiguo. Las habían reparado, pero se distinguían claramente los enormes agujeros que les habían infligido las armas corporales de los tiránidos, a pesar de haber rellenado los huecos y haberlas pulido. Los restos de las torretas que en su día habían protegido la entrada estaban enclaustrados bajo un enchapado nuevo. Aunque, a su alrededor, también vieron las marcas de unas enormes garras.

Una corriente de aire se abrió paso hasta la cámara desde unas tuberías recién instaladas que salían del puente de mando. El sonido volvió a los sentidos automáticos de Felix. Al cabo de un rato, las puertas, siguiendo unas vías torcidas, se hicieron a un lado con un chirrido.

Se había intentado por todos los medios que el puente de mando de la Aegida volviera a ser funcional. Además del flujo de aire, la estructura gravitacional funcionaba. Se habían apartado las máquinas destrozadas y se habían enchapado los agujeros que se expusieron al quitarlas. Por ello apenas quedaba rastro del diseño original. La tarima central y la galería que rodeaban la sala pertenecían a la propia estructura, por lo que seguía en su sitio (igualmente parcheada), pero el resto había desaparecido, dejando un espacio enorme y vacío. Allí donde se habían producido cortes, se veían las vetas de metal brillantes. Planchas básicas de plastiaceró cubrían la peor parte. Láminas de chapa hacían las veces de puente sobre conductos funcionales que se estaban reparando. A un lado de la sala, habían alineado diversas estaciones de trabajo, desde las que salían cables que serpenteaban hasta un agujero recién cortado que daba acceso a un conducto de energía que seguía activo. Los recovecos que había por la sala se habían usado para guardar las estatuas de diez

caballos en distintas posturas. A excepción de uno, todos presentaban algún desperfecto. Los que estaban en peor estado se habían desmoronado y se habían convertido en bultos de cobre arrugado con detalles equinos del todo incongruentes. A Felix le recordaron a las abominaciones del Caos, y apartó la vista.

Los tiránidos también habían despiezado una enorme sección de la pared. Como aún no habían arreglado el estropicio, habían colocado una pantalla de energía atmosférica de un lado a otro de la sala para así cerrar la apertura. En la parte más alejada del resplandor azul que emitía, el hielo del vacío relucía sobre la plataforma dentada.

Trece Space Marines esperaban al tetrarca. Había otros cinco seres de origen humano en la sala. Cuatro eran servidores de combate con el cerebro lavado; dos aptos para tiroteos de corto alcance y otros dos, simples modelos de lucha cuerpo a cuerpo. El quinto era del mismo tamaño aumentado, pero tenía libertad de pensamiento, ya que era un adepto del Culto Mechanicus. Su cuerpo humanoide estaba hecho en su totalidad de plásticero, pero la cara que asomaba sobre el cuello vendado era de carne y hueso. No llevaba ninguna protección, salvo una sonrisa tranquilizadora. Entre sus ropajes se agitaban varias armas secundarias de tamaño reducido.

La mayoría de los Space Marines estaban de cara a la pared a la espera de que entrara Felix; los que no, estaban a punto de ponerse en pie cuando entró. Se formaron en grupos que seguían más la línea de la amistad que la del escuadrón, o eso parecía según las insignias que llevaban.

Los Elegidos accedieron al puente de mando y se quedaron de cara a los Scythes of the Emperor. Felix nunca había visto tanta diferencia entre dos grupos de leales Space Marines. Sus Marines Primaris iban ataviados con una armadura bruñida y una heráldica perfecta. El equipo de los Scythes estaba rayado y abollado y el color amarillo y negro se mezclaba con componentes desparejados de armaduras de otros tipos. Entre ellos, había un apotecario y un señor de la forja, cuya presencia se distinguía porque llevaba una armadura en mejor estado y mostraba las insignias de su rango y el color rojo. Obligados a luchar sin recursos durante mucho tiempo, la falta de uniformidad entre los Space Marines era algo habitual, pero los Scythes of the Emperor lo habían llevado al extremo. Cuatro de los guerreros iban ataviados con

armaduras de exterminador. Tres de ellos la llevaban en condiciones, pero la armadura del cuarto era una extraña mezcla de distintos tipos, y muchas de las partes se habían reparado burdamente. «Si la escuadra no se hubiera encontrado en una situación tan desesperada, esa cuarta armadura nunca habría salido de la armería», pensó Felix. Incluso su propio *Scythe of the Emperor*, Cadmus, desvió la mirada de sus propios compañeros. A pesar de la heráldica que compartían, Cadmus estaba tan compuesto que parecía un impostor.

Felix recordó entonces a los veteranos Ultramarines de la guerra contra los tiránicos. Todos los *Scythes* ostentaban a los xenos abatidos como trofeos, sus huesos y quitina, en tonos desvaídos de color carmín y *beige*. Eran individuos. No había coherencia en la unidad o en la actitud que presentaban. Algunos estaban atentos, otros parecían listos para el combate, había uno despatarrado de forma impertinente. Felix cayó en la cuenta de que, aunque el capítulo había recuperado toda su fuerza gracias a la influencia de los *Primaris Space Marines*, lo que tenía ante sí no era más que los restos de una hermandad moribunda. Eran los últimos.

El jefe de todos ellos encabezaba la formación. Su armadura estaba marcada con más dientes y garras que la de los demás, lo que cubría sus honores más tradicionales bajo una apariencia salvaje.

El casco de Felix le informó con un pitido suave que la atmósfera era apta para respirar y que la temperatura, aunque glacial, era soportable. Apenas había formalizado el pensamiento de quitarse el casco cuando Cominus le comunicó algo por privado.

—*Le aconsejo, tetrarca, que se deje el casco puesto.*

—Un encuentro como este es mejor desarrollarlo cara a cara —replicó Felix en voz alta.

Se llevó las manos a la cabeza, lo que siempre era un movimiento incómodo debido a los guanteletes de asalto. Otro de los impedimentos era el cuello chimenea con el que contaban todas las armaduras *Gravis*, pero tenía tanta experiencia quitándose el casco que lo hizo de forma natural. Las juntas sisearon. Una ráfaga de atmósfera congelada sustituyó el aire caliente de su armadura. Se dejó el casco bajo el brazo. El tetrarca Felix tenía unos rasgos marcados, pero insulsos, como casi todos los *Space Marines* producidos en masa. Tenía la piel de un tono tostado, el último recuerdo que le quedaba del aire diluido del mundo

en el que nació. Una mandíbula pronunciada, una nariz que se asemejaba a la de Guilliman, unos ojos grises penetrantes y una cabellera negra. Si hubiera sido completamente humano, habría sido atractivo, pero tenía los rasgos demasiado toscos por culpa del proceso de apotheosis. La inteligencia era su carta de presentación.

—No os preocupéis por la salud de vuestro señor. Os aseguro, caballeros, que el escudo atmosférico que hemos dispuesto mis sirvientes y yo en esta orbital funciona a la perfección —dijo el tecnoadepo.

—¿Quién eres? —preguntó Felix.

El adepto agachó la cabeza.

—Soy Qvo-87. El archimagos me envió como avanzadilla para que preparara esta estación para nuestro encuentro. Le pido disculpas por no haber conseguido que esté operativa del todo, pero los daños eran cuantiosos. Llevará un tiempo que Aegida vuelva a su gloria original.

—Ya lo veo. —Felix contempló el campo de energía azul que mantenía el aire a raya—. Has hecho mucho en poco tiempo.

Qvo-87 volvió a agachar la cabeza.

—Será suficiente por ahora. Durante diez mil años, Aegida fue el centinela de Sotha. Volverá a serlo.

—Si lo consigues, magos Qvo, tendrás mis respetos.

Una de las tareas de Felix era evaluar las reparaciones necesarias de la estación. Aunque el planeta Sotha estuviera muerto, seguía siendo estratégicamente importante. Los informes que había leído le habían hecho pensar que la estación era imposible de reparar, pero por lo que había visto hasta ahora, parecía que había esperanza.

—Tú debes ser Thracian, señor del capítulo —dijo Felix, que se volvió para estar cara a cara con el líder de los Scythes.

Thracian respondió quitándose el casco y dejando ver un rostro feroz lleno de cicatrices.

—Así es —contestó Thracian.

Unas quemaduras le moteaban la mejilla izquierda y le cruzaban un ojo de color blanco lechoso.

—Gracias por venir y por darnos permiso para usar esta orbital.

—No podía negarme ante uno de los tetrarcas —expresó Thracian—. Cuenta con la autoridad del primarca.

—Tú tienes la reputación de ser un sirviente leal al Emperador. Mi agradecimiento es genuino.

Thracian se encogió de hombros. La armadura remendada chirrió a la par que se movía.

—La galaxia está descontrolada y Sotha ha desaparecido —dijo Thracian con una emoción evidente. Miró a través del campo atmosférico, donde los terrenos yermos del planeta volvían a asomarse—. El mismísimo primarca le ha cedido esta parte del Imperio para que la gobierne como considere oportuno. No puedo negar su presencia.

Los mares de Sotha eran cuencas vacías y los continentes baldíos mostraban una red de canales de agua secos y fractales enmarañados de las cadenas montañosas. Era como una réplica geográfica del planeta.

—Contemple las maravillas de su reino —anunció amargamente Thracian. La aridez de Sotha cubría todo el agujero. Bajo la intensa luz de la estrella, que se reflejaba en el planeta, la sala se tornó de un duro tono monocromático. Cada fisura y grieta de la ceramita de la armadura de Thracian se iluminó sin piedad. Los colores que camuflaban la peor parte de los desperfectos desaparecieron. Las cuencas de las calaveras que adornaban su armadura no eran más que cavernas de color negro que miraban ávidamente al tetrarca. El rostro de Thracian estaba magullado, lampiño, arrugado, rajado, lleno de luz; era la viva imagen del cadáver del planeta—. ¿Estas son las fuerzas que posee?

—Como pediste, no he traído más que a mi escolta personal. Supongo que el resto de tus hombres estarán a bordo del crucero, ¿no?

Thracian se echó a reír.

—Esto es todo lo que queda de mis fuerzas. Los Primaris más jóvenes están ahora mismo navegando el espacio a bordo del *Corazón de Cronos*. Así lo ha ordenado Guilliman. Estos pocos veteranos que ve aquí son todo lo que queda de los Scythes originales del Emperador. Tenemos misiones que solo podemos llevar a cabo nosotros.

—Cadmus me informó de que tu contingente de Space Marines se había visto reducido. —Felix frunció el ceño—. ¿Qué pasó? Según los últimos Munitorium, tu capítulo debería haber contado con dos compañías cuando llegaron los refuerzos de los Primaris.

—Esas cifras tienen un siglo de antigüedad —explicó Thracian—. El resto ha caído en desgracia. Nosotros somos todo lo que quedamos. Cuando muramos, nuestra semilla genética se unirá a las demás y los Ma-

rines Primaris asumirán nuestros puestos. Ellos son el futuro; gracias al regalo que Cawl le hizo al Emperador. Nosotros somos el pasado.

—¿No te has traído a ninguno de tus nuevos guerreros contigo? —preguntó Felix.

—Les dimos la bienvenida y los honramos, pero esta misión no es para los nuevos. —La rotación de la plataforma hizo girar las sombras que caían sobre los rasgos de Thracian al mismo tiempo que Sotha se alejaba—. Sotha es nuestro mundo. Nunca ha pertenecido a los hijos de Cawl. Déjeles que tengan un nuevo comienzo mientras nosotros desaparecemos. Me apena que haya traído al hermano Cadmus a ver el origen de nuestra vergüenza. —Contempló el planeta que se alejaba—. El resto de nuestro capítulo no tiene recuerdos de Sotha y no quiero arriesgar la vida de los Scythes en esta expedición al pasado. La Guardia del Emperador no es lugar para ellos, ni para nosotros. Ya no.

—¿Qué riesgos prevés?

—Mis guerreros tienen mucha experiencia en el combate con tiranidos, señor tetrarca —contestó Thracian—. Cuando recolectan un mundo, suelen dejar organismos centinelas a su paso. Presuponemos que lo hacen para informar a la mente colmena en caso de que regrese algún atisbo de vida. A veces, los genestealers anidan en sitios cercanos a asentamientos y aguardan allí para infectar a los que vengan a ofrecer ayuda o a investigar lo que ha sucedido —explicó Thracian con furia—. Es una raza pérfida.

—Entonces podemos recurrir a los veinticuatro Adeptus Astartes que vienen conmigo, junto a los guerreros del archimagos —propuso Felix—. Han caído mundos con menos.

—Y mayores fuerzas se han perdido sin remedio. —Thracian señaló el enorme disco que era el planeta, a una única montaña que se alzaba junto a un mar seco y cuyos pies estaban envueltos por una ciudad desierta—. Si sobrevivimos al horror que habrá dejado la Kraken a su paso, el deseo del archimagos es perturbar el Pharos. De ahí no puede salir nada bueno, así que sí, yo diría que es arriesgado. —Thracian exhaló con pesadez.

El planeta seguía su rotación junto a la abertura; ahora se encontraba a mitad de camino entre las paredes agrietadas y su luz iba disminuyendo. El color volvió a la armadura de Thracian.

—Le ofrezco la oportunidad de regresar. Los diez corceles de Sotha cabalgarán por el Emperador. Estamos en deuda con Cawl por la resurrección de nuestro capítulo, así que le concedo este deseo de forma voluntaria. Si quiere jugársela con el destino, que así sea. Pero de marine espacial a marine espacial, le pido que se marche, Decimus Felix. El legado de los Scythes of the Emperor está asegurado. —Sonrió lúgubrementemente—. ¿Pero quién mantendrá su legado si perece aquí? No entren en la montaña.

Felix entrecerró los ojos ante la advertencia.

—Vivo para servir, no me importan los legados. He luchado contra demonios y primarcas caídos junto a Lord Guilliman —dijo Felix. El planeta se alejó y devolvió al puente de mando una luz resplandeciente—. Nada me intimida. Nada.

Thracian volvió a sonreír, arrepentido. Era la típica expresión que le daría un tío a un sobrino que habla con una confianza excesiva. Bajó la mirada y, cuando volvió a levantar la cabeza, lo embargaba la autoridad propia de un señor de capítulo y, cuando habló, su voz retumbó. Hasta Felix, que había sido la mano derecha del mismísimo Roboute Guilliman, sintió que se le erizaban los vellos del cuello.

—Serán mis mejores guerreros —citó Thracian al Emperador—, aquellos que se entreguen a mí. Los moldearé como si de arcilla se tratase y los forjaré en los hornos de la guerra. Tendrán una voluntad de hierro y unos músculos de acero. Les compondré la mejor de las armaduras y los armaré con las armas más poderosas. No se verán afectados por plagas ni enfermedades, ni se deteriorarán ante las dolencias. —Alzó la voz—. Seguirán unas tácticas, unas estrategias y unas máquinas que ningún enemigo podrá superar en batalla. Son mi baluarte contra el terror. Son los defensores de la humanidad. Son mis Space Marines y no conocerán el miedo. —Cuando terminó la cita, todos permanecieron en silencio. Thracian añadió en voz baja—: Unas bonitas palabras, pero sé que no son verdad. Sé que hay seres a los que los Space Marines no pueden vencer. Y no me avergüenza confesarle, señor tetrarca, que sí que he conocido el miedo.